



El Turno Infinito

MARIANELY ESTEFANY DIAZ BARRERA



A las 6:30 de la mañana, una densa niebla matutina envuelve el imponente edificio del Hospital Central mientras el gran reloj digital de la entrada marca el inicio de una nueva jornada. Dentro del vestuario, Elena contempla su rostro cansado en el espejo, alisando su uniforme desgastado y ajustando su cabello antes de enfrentarse a su tercer turno doble consecutivo. Sabe que su cuerpo suplica un descanso, pero la falta de personal en la planta de cuidados intermedios no le deja más opción que seguir adelante.



Al cruzar las puertas hacia el pasillo principal, Elena es recibida por un torbellino constante de urgencias, camillas apresuradas y alarmas resonando sin cesar. Los timbres de llamadas se mezclan con las voces de médicos exigiendo asistencias inmediatas y familiares angustiados buscando respuestas. Al revisar la planilla de asignaciones en la pared, descubre con estupor que debe atender a dieciocho pacientes ella sola tras la renuncia inesperada de dos compañeros.



En la habitación 204, Elena se esfuerza por canalizar una vía intravenosa a Don Mateo, un anciano inquieto que se queja del dolor, mientras las alarmas de suero del paciente contiguo comienzan a pitar sonoramente. Con una sonrisa cálida pero forzada, busca tranquilizar al anciano asegurándole que pronto volverá a administrarle sus analgésicos. La presión se acumula a cada segundo, transformando cada pequeña tarea en una carrera contrarreloj.



Antes de poder terminar con su ronda de atención, la supervisora del área intercepta a Elena en el pasillo cargando un voluminoso montón de carpetas de auditoría. Aunque Elena explica con firmeza que necesita priorizar los medicamentos de sus pacientes antes que el papeleo administrativo, la supervisora solo puede ofrecerle un gesto de resignación pidiéndole que haga lo imposible. Más tarde, al preparar una ampolla de vidrio, Elena nota un leve temblor en sus propias manos debido al cansancio acumulado.



A las tres de la tarde, Elena logra entrar apenas quince minutos a la pequeña sala de descanso, un espacio sombrío iluminado por un fluorescente parpadeante y repleto de cajas archivadas. Con una jarra de café vacía al lado, se deja caer sobre una silla plástica apoyando la cabeza entre sus manos para intentar asimilar el cansancio. Su compañera Sofía se sienta a su lado para compartir en silencio un frío bocadillo.



Elena mira fijamente a Sofía con los ojos cargados de agotamiento y frustración, admitiendo que apenas durmió tres horas y que aún escucha los pitidos de los monitores resonando en su cabeza. Le confiesa entre suspiros que su problema no es la falta de vocación, pues ama profundamente cuidar a las personas, sino sentir cómo un sistema desbordado exprime su empatía hasta dejarla vacía. Sofía asiente con amargura, reconociendo que todo el equipo se encuentra al borde del colapso.



De regreso al pasillo, las alarmas del monitor cardíaco de la habitación 208 comienzan a pitar con insistencia, obligando a Elena a correr para verificar la emergencia. Sin embargo, a mitad del trayecto, un familiar frustrado la interrumpe bruscamente en el pasillo, bloqueándole el paso mientras le exige gritos e explicaciones por la demora en la atención. Intentando mantener el profesionalismo, Elena trata de explicar la situación de crisis, pero los reclamos enfurecidos terminan por desarmar su resistencia.



Agotada física y emocionalmente por la conmoción, Elena se desliza hacia el baño del personal, pasa el cerrojo y se apoya débilmente contra la puerta cerrada. En la intimidad del pequeño espacio, se deja caer progresivamente hasta el suelo sintiendo cómo el llanto contenido rompe su coraza de fortaleza. Sin nadie que la observe, las lágrimas fluyen mientras admite en voz baja que sus fuerzas han llegado al límite absoluto.



Un sofocante ataque de pánico comienza a apoderarse de Elena; se presiona el pecho con fuerza intentando recuperar la respiración mientras la visión se le nubla y el entorno parece distorsionarse. Desde el exterior del baño, Sofía golpea la puerta con firmeza e insistencia al notar su ausencia prolongada y preocupante. Con voz temblorosa pero determinante, Sofía le pide que abra para poder prestarle ayuda.



Sofía ayuda amablemente a Elena a ponerse de pie, guiándola hacia una silla en un pasillo privado y ofreciéndole un vaso de agua fresca para calmar su agitación. Con total firmeza y empatía, Sofía le comunica que intervendrá ante la dirección para que sea relevada de inmediato, recordando a Elena que no puede cuidar a otros si se destruye a sí misma. Reconfortada por su compañera, Elena comprende finalmente que este agotamiento no es un fracaso personal, sino la consecuencia de una profunda crisis del sistema de salud.